

na intencion, y trabajan para lo venidero.

Digo, Señores, que esta paz pertenece á los Justos; esto es, á los buenos, á los escogidos de Dios. Porque aunque el Señor haya querido que en el discurso de esta vida mortal esten confundidos los buenos, y los malos, y que en el campo de la Iglesia, la paja, y el grano esté todo mezclado; la Santa Escritura nos enseña, que Dios conoce á los que le pertenecen, ó á los que le son suyos; que los eleva, y los protege; y que lo hace todo por sus escogidos. *Omnia propter electos.* Que aunque ordinariamente aflija á los que ama, y entregue á sus propios deseos á los que desprecia, exerce en los corazones de unos, y de otros sus misericordias, y sus justicias secretas; y así como hace hallar á los justos sus consolaciones en sus trabajos, hace sentir á los pecadores en sus alegrías mundanas sus castigos, y sus amarguras.

Como quiera que sea, la paz del corazón, la verdadera, y solida paz no es sino para los amigos de Dios. Los Apóstoles en sus Cartas ponen siempre entre sus deseos apostólicos la gracia delante de la paz: *Gratia vobis, & pax*, esta gracia es un dón de Dios, que justifica á los culpados, que asiste á los debiles, que perdona los pecados, que renueva el interior, y lleva siempre consigo la quietud de la conciencia. El Propheta nos enseña, que en los dias del Nacimiento del Salvador, la justicia, y la abundancia de la paz se levantarán por sí mismas: *Orietur in diebus ejus justitia, & abundantia pacis*; (a) para enseñarnos, (dice San Agustín) que la paz es la obra, y la recompensa de la justicia. *Justificati ergo, ex fide, pacem habemus*, dice el Apóstol. (b) La razon que dá San Agustín es, que en el orden de Dios siempre hay una proporción de merito, y de recompensa, mas

(a) Psalm. 71. v. 7. (b) Rom. 5. v. 1.

mas en la virtud hay dos suertes de meritos, uno exterior, que consiste en el exemplo, y en la edificación que dá á los que la ven, y otro interior que proviene del corazón, y de la buena intencion del que la practica. Y así tambien hay dos suertes de recompensas; una exterior, que es el honor, y la reverencia que se la dá, siendo justo que sea glorificada, puesto que sirve de glorificar al Padre Celestial; y otra interior, que es la paz, y la alegría del corazón, siendo muy puesto en razon, que el fruto de la justicia se coja en el lugar mismo en que se ha producido.

Segun este principio, la paz del corazón no es sino para los buenos, el espíritu les dá testimonio de que son hijos de Dios, una voz de regocijo, y de salud, resuena siempre en su tabernaculo; quiero decir, en sus conciencias: *Vox exultationis, & salutis in tabernaculis justorum.* (a) No ven otras imagenes, que las de los peligros que han evitado, de las gracias que Dios les ha hecho, y gozan ya por anticipacion de aquella paz, y de aquella abundancia que les ha preparado en la eternidad.

¿Pero qué reposo pueden tener, direis vosotros? Dios les embia aflicciones, el mundo les causa tantos trabajos, ellos se imponen tantas mortificaciones. Todo eso es verdad, ellos son afligidos, pero están tranquilos. Vosotros los veis sufrir, pero no los oís murmurar; llevan sobre su cuerpo la mortificación de Jesu-Christo, pero tienen en su corazón las consolaciones del Espíritu de Dios. Estas victimas se deguellan en el atrio, pero el Arca del Maná se conserva en el Santuario. Pero aun quando tuviesen algunos trabajos, ¿serian comparables á los tormentos de una mala conciencia? La vida de un Religioso, aunque sea la mas austera; ¿es por ventura mas molesta, que

Tom. 6.

Pp

la

(a) Psalm. 117. v. 15.



la de un ambicioso, que corre tras de una fortuna á que acaso no arribará jamás, fluctuando siempre entre sus deseos, sus temores, y sus esperanzas, entre sus delitos, y sus remordimientos? ¿Hay muger piadosa tan mortificada, tan esclava en sus obligaciones, tan retirada del mundo, que pase tan malos ratos, como una muger mundana, que tiene sus confidencias que contemplar, sus enredos que disponer, que no puede arreglarse, y que tiene miedo de convertirse; que no vá á una visita en que no le parezca oír todos los medios de la murmuracion, que grita contra ella; que no piense ver un marido que la observa, un Confesor que la reprehende sus desordenes? ¿Hay pobre mendigo, por poco que esté tocado de Dios para sufrir su pobreza, que no sea mas feliz en las manos de la Providencia, que un rico que goza de unos bienes mal adquiridos, que teme los juicios de Dios, y los de los hombres; á quien la conciencia insta por un lado, y la codicia detiene por otro; que no puede ocultarse la obligacion que tiene de restituir, y que no puede resolverse á cercenar su tren, y aquel ayre de grandeza, que ha tomado sobre el pie de sus riquezas? ¿Qual de estos estados eligiriais vosotros? Porque es necesario desengañaros del mundo por el mundo mismo.

Pero acaso direis: Gracias á Dios, yo estoy tranquilo, mis pecados no me pesan, mi dulce, y officiosa conciencia me dejan en reposo. ¡Pero ay! por lo mismo vuestra suerte es mas deplorable. Vosotros no sentis el peso de vuestras cadenas, porque las llevais voluntariamente; gozais de una paz (dice San Bernardo) si es que se puede llamar paz la que proviene de la dureza de vuestro corazon, ó de la seguridad de vuestra conciencia: y no sabeis (dice San Geronymo) que hay en la Religion asi como en la Navegacion, ciertas calmas mas peligrosas que las tempestades, que el colmo de los pecados, es no conocer que es uno pecador; y que sois tanto mas deplora-

bles,

bles, quanto menos sabeis quejaros de vosotros mismos. No obstante, el mundo se engaña, cree que los malos son felices, porque se los vé en prosperidad, crecer en riquezas, en reputacion, en gloria, levantar casas soberbias, hacer afortunadas alianzas, dejar grandes sucesiones; la fortuna parece preceder á todos sus deseos, y los respetan, ó por el amor, ó por el temor que los tienen. Gozan apaciblemente de sus bienes, y de los agenos; sus dias están tegidos de prosperidades, y de alegrias; parece que Dios los ha encerrado como en el seno de su Providencia para defenderlos de las incomodidades de la vida. Por el contrario los buenos, ordinariamente pasan por desgraciados; si la tempestad cae, sobre ellos cae, y sobre sus campos; la enfermedad, y la mortandad en su familia; los pleytos, y las opresiones no los dejan, ni bienes, ni descanso.

Embia Dios un Angel á San Juan, y le dice: *Surge, & metire Templum Dei, & Altare, & adorantes in eo.* (a) Levantate, y mide el Templo, y el Altar, y los que le adoran. Este Templo (segun el Apostol) es el justo, que es el Templo del Espiritu Divino; su corazon es el Altar, sus pasiones son las victimas, el Arca del Señor reposa en él, el espiritu de paz preside como sobre su trono. Pero añade: *Atrium autem quod est foris, ne metiaris illud.* (b) ¿Quién no se admiraria al ver á Jesu-Christo en el exercicio de sus sufrimientos, en las prisiones, y en las cadenas, en las persecuciones, y en los trabajos? *Ne metiaris illud*; pasad á lo de adentro, á una alegria superabundante: *Superabundo gaudio.* (c)

La paz les pertenece tambien á los hombres que tienen una buena voluntad de servir á Dios: No hablo yo de

Pp 2

esa

(a) Apoc. 11. v. 1. (b) Ibid. v. 2.

(c) 2. ad Cor. 7. v. 4.



esa voluntad superficial, y de esos deseos infructuosos de vivir bien, y de salvarse, con que todo el mundo se lisongea. No hablo de esas resoluciones inciertas, y vagas, fundadas sobre condiciones futuras, sobre las quales se delibera siempre, sin resolver jamás. No hablo de esos proyectos de conversion, que se renuevan de quando en quando, pero que no hacen sino retocar en nosotros una imagen esteril, y pasajera de la vida, para apaciguar los remordimientos de nuestras conciencias. Lleno está el mundo de estas gentes bien intencionadas, que jamás efectúan sus buenas intenciones; que tienen siempre lleno el espíritu de la verdad, y las manos vacías de buenas obras; que condenan todas sus pasiones en general, y jamás castigan alguna en particular; que amenazan á todos los vicios, y no atacan jamás á uno. Hablo de aquella voluntad fuerte, y plena (de que habla San Agustín) que se determina, que obra, que vence las dificultades; que dice, *quiero*; pero con una afirmacion efectiva; y no dice, *quisiera*, con una inclinacion dudosa.

Digo, pues, que la paz pertenece á estos hombres de buena voluntad. ¿Qué mayor satisfaccion para ellos, que entrar en el Reyno de Jesu-Christo, en los caminos de sus verdades Evangelicas, y en la participacion de sus Sacramentos? ¿Sentir que su espíritu se ilustra, que su intencion se purifica, y que su corazon se dilata á medida de lo que se adelanta en la piedad, y en la justicia? ¿Qué alegría no derrama en su alma el testimonio interior de su conciencia; aquella apacible libertad de hijos de Dios, que han sacudido el yugo del pecado; aquella sabia, y modesta confianza que tienen en la misericordia del Señor; aquella presencia del Espíritu Santo, á quien acompañan siempre la paz, y la alegría; aquel recogimiento, aquel retiro, aquella separacion del ruido, y del tumulto del mundo?

Verdad es que hay grandes obstaculos que vencen;  
pero

pero por la gracia de Jesu-Christo se elevan sobre los sentimientos de la naturaleza, trabajan, y sufren. En esto es en lo que el mundo hace de caritativo, y en lo que se compadece de la devocion. ¡Terrible cosa! dicen; siempre violentarse, ir siempre contra su inclinacion. ¿Se ha hecho uno para incomodarse á sí mismo, y privarse de todos los placeres? Como juzgan de los sentimientos de otro por los suyos propios, se forman una idea extravagante de la devocion; y sin detenerse á la prudencia, al reposo, á la libertad de un hombre de bien, se le mira solamente como un hombre melancolico, que se atormenta, y se hace violencia. Pero el mundo ¿padece por ventura menos violencia, y contradiccion? Para elevarse algunos grados ¿á quantas puertas es necesario llamar, á quantos dueños es necesario responder? ¿Quantos genios sobervios es necesario sufrir? ¿Quantas veces es necesario renunciar sus placeres, sus voluntades, y sus obligaciones?

¿Para adquirir unas viles riquezas no es necesario llevar el peso del día, y de la noche? ¿Qué corte, y qué complacencia no se les hace á las personas de quienes se hereda, aun quando se las desprecie, y aun quando se las tenga aversion? ¿El deleyte no tiene tambien sus penas? ¿No se hallan bajo las flores serpientes que pican, y que envenenan? ¿Y sus Sectadores en el Eclesiastico no se quejan de que los caminos de la iniquidad son penosos?

Vosotros no comprehendéis el placer de un hombre de bien, quando ha podido mostrar á Dios su fidelidad en una obediencia difícil. ¿Qué complacencia en ir á depositar á los pies del Señor una pasion que ha vencido, y hacer de ella un sacrificio á su gloria! La dulzura de la victoria, quita la pena, y recompensa las fatigas del combate. La tranquilidad de una buena conciencia, de una conciencia, que no se ve ya agitada por la memoria de sus delitos, y por el temor de los castigos que

me-



merecen, ¿ es por ventura comparable á los placeres de los pecadores, placeres siempre mezclados de amarguras, placeres de un momento, que semejantes á los relampagos, no parecen brillar un instante sino para aumentar el horror de la noche; quiero decir, que no parecen mostrarnos algun resplandor de felicidad, sino para hacernos sentir mas el horror de la turbacion, y de los remordimientos? Y asi, no hay cosa mas apetecible que la paz que Jesu-Christo viene á traernos por su Nacimiento. Gloríese el mundo quanto quiera de estár en la alegría, y en los placeres; que esa es una alegría, que además de ser falsa, debe acabar en un termino fatal, que será para nosotros un asunto eterno de sentimientos. Aun se pasarán algunos momentos, nos dice Jesu-Christo, y el mundo estará en tristeza; pero la paz de un hombre de bien es una paz inalterable, una paz, que las pasiones no turban mas; una paz, que está á prueba de todas las vicisitudes de las cosas de la tierra; una paz, en fin, acompañada de placeres inefables, que lejos de ser pasajeros, é inconstantes, como los placeres del mundo, durarán al contrario por toda una eternidad. *Asi sea.*

FIN.



